Un comentario sobre axiomática vegetal antes de tomar café

Edgar Delgado Vega

2 de Mayo de 2026 | Compilado el 4 de mayo de 2026, v.0.0.1

Mientras pasaba el café manualmente, pensé un momento en las teorías axiomáticas, en parte por haber leído hace muchos años el libro *La Axiomática* de Robert Blanché y haber visto algunas cuestiones mínimas sobre jardinería.

Como bien sabemos, la matemática contemporánea lleva ya bastantes años cimentada en un conjunto brevísimo de verdades sin demostración, llevadas a la rigurosidad a través de un lenguaje formal.

Por ejemplo, los axiomas de grupo, que abstraen relaciones algebraicas mínimas y que borbotean en Galois al estudiar ceros de ecuaciones, mientras que los axiomas de la topología formalizan nociones de continuidad mediante conjuntos abiertos y sus maneras de interacción.

Y aunque ambos sistemas axiomáticos emergieron en habitáculos distintos, la vegetación cambia con las estaciones, cuando germinan sus tallos y crecen sus ramas y fenecen sus hojas. Finalmente, los espacios separados se mezclan pese su concepción inicial independiente.

En este sentido, los teoremas del álgebra tienden a hibridarse con los teoremas de la topología. La topología irriga el álgebra y el álgebra poda a la topología.

Así, un día empezamos a tener grupos topológicos $(G, \oplus, \tau)$, donde la operación

$$\oplus : G \times G \to G$$

y la inversión

$$^{-1} : G \to G$$

son continuas con respecto a la topología subyacente τ.

Pensemos la teoría en el modelo de los números reales con suma o en el círculo unitario con multiplicación. Para nosotros se tratan de organismos vegetales, donde las reglas pueden satisfacerse y desde los cuales germinan nuevas verdades.

Cada modelo actúa como un pequeño huerto donde los axiomas plantados no se contradicen entre sí. El vergel es prueba de consistencia de nuestro método de sembrado y de la cualidad de las semillas. Cabe decirse que el espacio cuadrado observable es significado y que esta percepción es real por correspondencia semántica.

Bajo el suelo, por ejemplo, el análisis de Fourier actúa como un laberinto de sistemas radicales que determina qué frecuencias son posibles y qué caracteres pueden eclosionar.

Pero lo verdaderamente poético surge de la experimentación genética matemática. Incluso sin recurrir a una muy sofistificada operatividad, basta con un acodo aéreo para crear un nodo matriz como lo es la teoría de categorías, desarrollada por Saunders Mac Lane y Samuel Eilenberg en los años 40.

Cualquier construcción matemática es tallada usando objetos y morfismos, con un par de reglas de diáfano aroma: composición e identidad.

Como ocurre en las entidades animadas, hay semillas que permanecerán cerradas y otras cuya yema axilar será mejor comprendida, así como una yema floral que dará paso a la replicación.

Esta última tal vez podrá ser llevada por los espíritus del céfiro a sitios más apartados del mundanal ruïdo. Así crecen las n-categorías e incluso resinan las ∞-categorías.

De hecho, las relaciones entre objetos matemáticos distantes se vuelven un punto de *irrigatio communis*. Los axiomas eclosionados piensan sobre sí mismos y entre ellos, respiran y realizan (como aprendimos de los algoritmos iterativos biológicos básicos) mate-síntesis bajo una atmósfera lógica.